

Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz

(Segunda campaña, Septiembre-October 1978)

1. INTRODUCCION.

La campaña de 1978 se dirigió fundamentalmente en dos sentidos, habida cuenta de los condicionamientos actuales del yacimiento (1). De un lado se continuaron las investigaciones encaminadas a situar topográficamente los restos arqueológicos conservados dentro del área del recinto murado; de otro, siguieron realizándose estudios que ayudaran a conocer la organización primitiva del recinto de la fortaleza. En ambos casos nuestra actividad no se limitó al puro descubrimiento de restos arquitectónicos, sino que trató de obtener, con un criterio más amplio, respuestas estratigráficas capaces de resolver alguno de los múltiples problemas planteados por el monumento en su conjunto y por todos y cada uno de sus elementos constitutivos, contemplados en su individualidad.

El número de cortes abiertos durante los treinta días hábiles de campaña fue de siete. De ellos, el señalado con el número 1, había sido comenzado en la campaña anterior y hubo de esperar, debidamente protegido de los agentes ambientales y humanos, esta nueva ocasión para ver concluido su estudio. Por su parte, el 6-b no es más que una ampliación de los designados anteriormente con los números 6 y 6-a. Todos los demás fueron comenzados y finalizados en esta campaña.

El designado con el número 9 se practicó a intramuros del recinto, mientras que los números 7, 8, 10 y 11 se abrieron a extra-muros del mismo.

2. DESCRIPCION.

1 CORTE 1.

De todos los cortes abiertos en la Alcazaba durante dos campañas, el designado con el número 1 es, sin duda, el más rico en interrogantes, habiendo sacado a la luz toda una problemática arqueológica intuida pero no demostrada incontestablemente hasta el momento: la presencia en lo alto del cerro y durante diversas épocas de una población anterior a la fundación oficial de la ciudad de Badajoz, en el 875 de nuestra Era.

La campaña de 1978 reanudó en este corte la labor interrumpida en 1977, cuando el sondeo llegaba a los cuatro metros por debajo del nivel actual del suelo, alcanzando su fondo una profundidad media aproximada de ocho metros en el momento de ser definitivamente concluido.

Se procedió, en primer lugar, a limpiar por completo la capa de terreno en que habían aparecido los primeros restos humanos (2).

Una vez completamente limpio pudo comprobarse la presencia allí de varios individuos más, hasta un total de diez cadáveres aproximadamente. Junto a ellos volvió a hallarse un nutrido grupo de piezas metálicas pertenecientes a los uniformes, junto a algunos diminutos girones de tejido verde. También se recogieron bastantes bolas de plomo de las utilizadas como munición de mosquete. Es especialmente interesante destacar la aparición de varias chapas metálicas, de las que iban sujetas a los morriones de los soldados (3).

La disposición de los cadáveres era casi diagonal, en dirección Este-Oeste, al área del corte, delimitando claramente dos zonas. Una de ellas estaba cubierta por los huesos y demás materiales asociados a ellos; la otra, libre de cualquier resto humano, mostraba una acusada presencia de cascotes entremezclados con tierra suelta.

La naturaleza y situación de los objetos permite suponer con bastantes posibilidades de verosimilitud la presencia, en aquel mismo sitio, de una batería de artillería servida por varios soldados, a los que causó la muerte un ataque francés durante el pri-

mer sitio a que se vio sometida la ciudad de Badajoz en 1811 (4).

La propia premura que las circunstancias del asedio debieron imprimir a la lucha obligó, sin duda, a enterrar a las víctimas en el mismo lugar en que fueron muertas, no dando ocasión más que a retirar el armamento, del cual la guarnición debía sufrir escasez. Tan rápida fue la operación que nadie se preocupó de registrar los uniformes de los caídos, dando lugar a la conservación de la onza de oro encontrada en la anterior campaña (5), la cual hubo de estar originalmente alojada en la faltriquera de uno de los muertos, al que no debió suponérsele siquiera la posesión de una pieza tan valiosa.

Por debajo del estrato arqueológico que contenía los cadáveres, el terreno demostró ser rico en material de relleno, a base de grandes piedras y mucho cascote, resto, sin duda, de la casamata o parapeto que rodeaba a la batería de artillería. Es muy característica la presencia en el perfil Sur de una gran bolsa de escombros que rompe los estratos posteriores y alcanza, en su fondo, una profundidad de 7,30 metros por debajo de la cota superficial. Sin embargo, esta bolsa no aparece marcada en el resto de los perfiles del corte, en los que el nivel de escombros bajo los esqueletos es mucho menos grueso.

Más abajo la tierra, más fina y limpia, era abundante en cerámica prehistórica, entremezclada con fragmentos vidriados en verde oscuro de evidente fecha medieval.

Entre este nivel y el fondo de roca caliza que forma el suelo original del cerro - muy agrietada, fragosa y cubierta de un manto de tierra virgen, muy fina y de color rojo oscuro - existe una zona de terreno en la que se distinguen claramente varios estratos arqueológicos, de fecha aún imprecisa pero claramente diferenciables entre sí. (Láminas 1 y 2.)

El primero de ellos aparece relacionado con dos muros levantados con piedras a hueso, uno de los cuales se hallaba situado en la parte más occidental del perfil Sur, mientras que el otro lo está en la más septentrional del perfil Norte.

La zona de terreno comprendida entre ambos estaba muy endurecida y mezclada con cenizas por la acción del fuego de un hogar allí situado. Entre esta tierra dura aparecieron bastantes

restos de una cerámica, muy basta y de difícil datación, junto con algunos fragmentos de otra, estampillada, de probable filiación prerromana.

Por debajo del suelo compactado por el fuego la tierra era blanda en toda la superficie del corte, salvo en la zona Norte, junto a uno de los muros, donde el terreno mostraba las mismas características de dureza descritas.

La capa de terreno blando sirve de transición a otro estrato arqueológico, situado a nivel inferior, en el que es fácilmente perceptible la presencia de un muro, orientado de Norte a Sur, de unos 60 centímetros de altura por término medio, cuya parte inferior está formada por pequeñas piedras entremezcladas con tierra arcillosa que les sirve de trabazón, encima de las cuales apoya una hilada de otras más grandes.

Este murete cruza por debajo del descrito anteriormente, pero sin formar parte en modo alguno de la estructura de aquél ni relacionarse aparentemente con él.

La superficie que delimitan el murete y el perfil oriental del corte estaba ocupada por una solería de tierra compacta, sobre la que en su extremo meridional se aprecia claramente la mancha de un hogar.

Es difícil aventurar una datación cierta para el horizonte cultural representado por este estrato. Hay, sin embargo, un criterio de datación que consideramos importante. El murete se apoya sobre una delgada capa —unos 10 centímetros de potencia— de arcilla mezclada con ceniza, conteniendo un cierto número de fragmentos de data poco segura. Quizás puedan fecharse en las últimas etapas de la Edad del Bronce, aunque este extremo deberá aún precisarse con más exactitud.

Aunque, en su momento, el estudio detallado de los materiales obtenidos en este corte habrá de perfilar, y aun confirmar, definitivamente las dataciones de cada uno de los diferentes niveles arqueológicos, es evidente que por debajo del estrato del que proceden los restos humanos, perfectamente fechable en 1811, durante el primer sitio de Badajoz, existe un nivel con abundancia de cerámica prehistórica, entremezclada con otra medieval vidriada. Puede considerarse que, en este caso, su tierra constituyente

es de acarreo, traída de algún otro lugar interior o exterior del recinto en fecha imprecisa.

Por lo que respecta a los últimos estratos de población documentados en el corte, parece clara una atribución anterior a lo romano; no está tan clara, por el momento, su adscripción a una etapa pre o protohistórica. En conjunto, el material cerámico aparecido parece poder clasificarse entre el característico de las últimas etapas del Bronce y las primeras de la Edad del Hierro de esta zona de España. Pero, hasta no ver finalizado el estudio pormenorizado que sobre él se está llevando a cabo, preferimos no aventurar pronósticos demasiado prematuros.

2. CORTE 6.

La aparición en el corte 6-a de la boca de una concavidad, faltando horas para finalizar la campaña de 1977 (7), nos obligó a continuar, en 1978, las actividades en dicho corte. Nuestro objetivo iba encaminado preferentemente a vaciar el silo para comprobar la naturaleza de los materiales allí depositados.

En principio esta labor suponía la ampliación en dirección Sur de los cortes 6 y 6-a por hallarse la boca de lo que provisionalmente llamamos silo sellada en parte por un muro de piedra y argamasa, quedando al mismo tiempo ocultas las casi tres cuartas partes de su superficie por la pared del perfil Sur de ambos sondeos.

Así, pues, el corte 6-b quedó constituido por la ampliación de los 6 y 6-a dos metros en dirección Sur. (Lámina 3.)

La estructura de lo aparecido no difiere esencialmente de lo ya observado. Es notoria en aquel sector la presencia de gran cantidad de muros de habitación, entrecruzándose muy densamente, lo que dificultó enormemente la excavación. En otro sentido, su atribución cronológica resulta muy problemática por la ausencia de elementos de datación lo suficientemente claros como para servir de punto de referencia. Los únicos apoyos cronológicos en que sustentar una datación relativa vienen dados por las evidentes diferencias de tamaño y obra de los muros y por la data atribuible a los materiales del silo.

Los restos cerámicos susceptibles de aportar fechas concretas están muy entremezclados como consecuencia de las sucesivas

remociones efectuadas en el suelo al cimentar cada uno de los muros, no siendo infrecuente encontrar juntos materiales de épocas muy dispares. No pierden, por ello, su interés, al menos como documento de constatación.

En este sentido es muy de destacar, entre otros medievales y prerromanos, un pequeño fragmento de cerámica ática de figuras rojas perteneciente a la base de una cratera de campaña cuya cronología puede muy bien establecerse en la primera mitad del siglo IV a. C. Obviamente, su presencia en aquel preciso lugar no obedece a un proceso espontáneo de estratificación. Con toda seguridad, el punto de depósito original debió estar en una cota más alta del Cerro de la Muela y desde allí rodó al lugar de su hallazgo, en virtud de la dinámica que determina la configuración inclinada del terreno.

No debe negársele al fragmento, a pesar de las adversas circunstancias en que se produjo su hallazgo, un evidente valor documental, perfectamente conjugable con el del resto de los materiales prerromanos, estratificados o no, presentes en muchas zonas del recinto.

En otras circunstancias habría de extrañar la existencia en nuestro yacimiento de material tan exótico, pero creemos no exagerar su importancia, a pesar de la pequeñez material en relación con la ya sintomática aparición de productos orientales de calidad, algunos de los cuales son prácticamente idénticos, constatable en la provincia de Badajoz gracias a las excavaciones arqueológicas sistemáticas realizadas o en curso de realización.

Por lo que respecta al silo, motivo de la continuación de los trabajos de excavación en aquel lugar, a medida que avanzaban los mismos pudimos comprobar varios extremos relativos a su auténtica naturaleza y contenido.

Pudo observarse, en primer lugar, que no se trataba propiamente de un silo, sino más bien de una concavidad de forma piriforme, practicada en el suelo aprovechando la forma de la roca en aquel lugar. De este modo, las paredes quedaban formadas en parte por la roca natural y en parte por el suelo excavado, siendo también el suelo de roca.

No pudo determinarse con claridad si alguna vez llegó a servir como auténtico almacén. Lo cierto es que en su interior se

halló un estrato arqueológico único y homogéneo compuesto por muchos restos óseos y gran número de fragmentos de cerámica común, entremezclado todo ello con abundantes capas de ceniza.

La cerámica hallada en su interior —han podido reconstruirse varias piezas completas— puede fecharse seguramente entre los siglos XI y XII, es decir, en plena época musulmana.

El estudio de los restos óseos demostró su pertenencia a animales de ganado bovino, siendo también muy grande la proporción de huesos de conejo. No existe, sin embargo, resto alguno que documente la presencia de ganado porcino en la alimentación de los habitantes de la Alcazaba de ese momento, lo que concuerda perfectamente con la sabida repugnancia tradicional de los semitas hacia este animal.

3. CORTES 7 Y 8.

Uno de los aspectos más importantes de los trabajos emprendidos en la Alcazaba es el relacionado con el estudio de la planta arqueológica del monumento. Por esta razón, en esta segunda campaña, como ya había ocurrido en la primera, las investigaciones intentaron seguir esclareciendo determinados aspectos de su estructura.

Las labores de excavación hubieron de continuarse en el sector NO. del recinto murado, donde ya anteriormente se habían obtenido resultados muy satisfactorios en lo que a la planta de la fortificación se refiere. Quedaban, sin embargo, algunos puntos por aclarar y por esta razón se abrieron dos nuevos cortes en sendas zonas a pie de muro del mismo sector donde ya conocíamos la existencia y el trazado aproximado de la barbacana.

No obstante, antes de comenzar las labores de excavación propiamente dichas se procedió a retirar el testigo que, en la campaña de 1977, separaba los cortes 5 y 5-a, con el fin de evitar su derrumbamiento sobre la zona ya excavada.

Corte 7

Su finalidad específica consistía en aclarar la forma en que la barbacana se unía al muro que rodea a la fortaleza por su lado Norte, junto a la carretera de circunvalación, el cual, por

sus características constructivas, no permite verificar con exactitud si es un retranqueo de otro más antiguo o, simplemente, una edificación de nueva planta, levantada en un momento muy posterior al del resto del recinto.

Desgraciadamente, cuando comenzaban a aparecer los primeros vestigios arquitectónicos al pie de la torre que forma el ángulo Noroeste de la Alcazaba, a una profundidad aproximada de tres metros, el terreno demostró tener, una vez comenzados los trabajos, una gran propensión a los derrumbes, con grave peligro para la integridad física de los excavadores, pareciendo aconsejable cerrarlo provisionalmente hasta que pueda retirarse de forma mecánica la gran capa de relleno allí acumulada.

Corte 8

Siguiendo la línea del antemuro se abrió a una distancia de unos seis metros de la citada torre Noroeste.

La parte inferior de la obra defensiva apareció a una profundidad de 1'90 metros respecto a la superficie actual del terreno. Su configuración y aspecto constructivo demostraron ser idénticos a los repetidamente citados del resto de la edificación medieval (8).

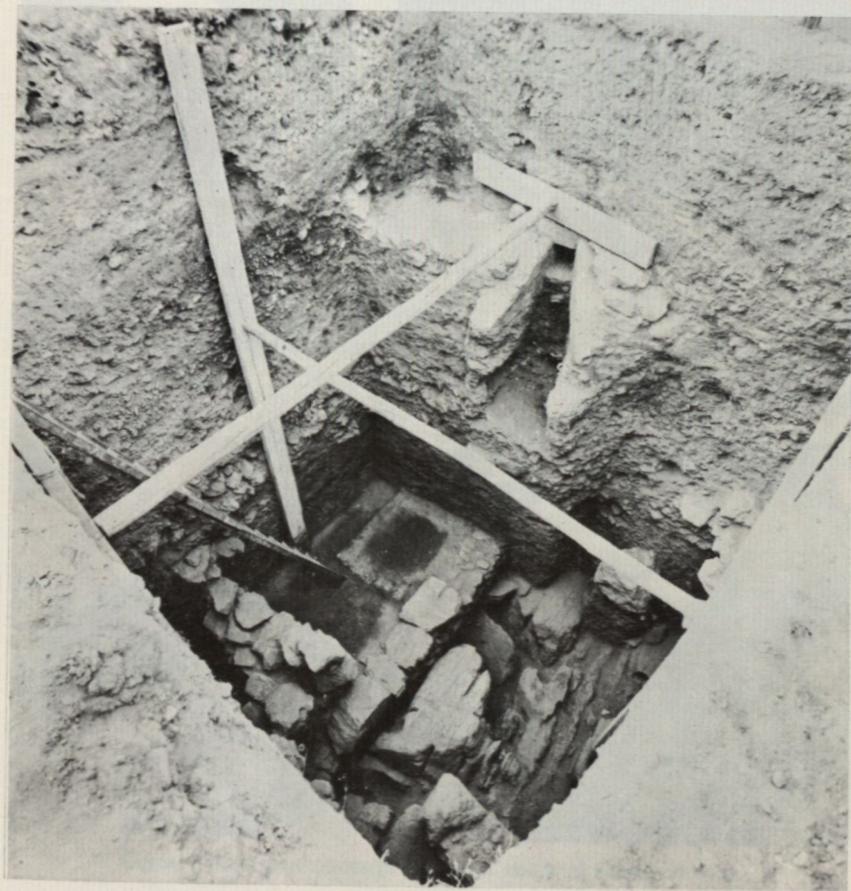
La única particularidad digna de mencionarse es la presencia de un estrecho muro de piedra y argamasa edificado sobre la propia barbacana en un momento cronológicamente impreciso, pero, sin duda alguna, muy posterior al de aquélla (9).

4. CORTE 9.

Se planteó a oriente del cementerio del siglo XVIII, casi directamente en el eje Norte-Sur del área fortificada e inmediatamente encima de un resto de muro visible junto al pronunciado desnivel del terreno existente en aquella zona del yacimiento.

Su apertura se efectuó debido a la necesidad de documentar la configuración real del suelo en un lugar, al Norte de la fortificación, especialmente desprovisto de indicios arqueológicos.

El resultado inmediato fue bastante pobre. Sin embargo, se cumplieron con bastante exactitud los fines para los que fue abierto el sondeo. Así, una vez llegados a la roca natural, pudimos



Corte 1. Vista general desde el noroeste.



Corte 1. Construcciones preromanas sobre el fondo de roca.



Corte 6. Vista general desde el norte. Al fondo la boca del silo.



Corte 10. Vista general desde el Este. En primer término se aprecia el ángulo de una vivienda medieval. En lo alto uno de los muros de argamasa supuestamente romano.

procedimientos de la excavación real del terreno en un primer momento, por otro, de la reconstrucción de las capas de terreno, dado que la topografía original estaba allí muy modificada por el arroyo y su caudal.



Corte 11. Vista desde el Este. En primer término uno de los muros de argamasa hipotéticamente romanos.

las características constructivas de los muros en un primer momento. Efectivamente, nos es destacable hasta el momento la presencia en aquella zona de edificación alguna que no sea directamente relacionada con el recinto moderno de la ciudad, cuyos últimos elementos defensivos quedan, además, muy separados de las estructuras arquitectónicas en cuestión.

Un primer acercamiento conceptual a la resolución de los pro-

percatarnos de la potencia real del relleno en aquel punto y, por ello, de la estructuración de las capas de terreno, dado que la topografía original estaba allí muy modificada por el sucesivo y sistemático aterrazamiento producido al acumular tierras de echadizo.

El muro descubierto se adapta en todos los detalles constructivos a las estructuras típicas del siglo XVIII, a base de piedra suelta muy bien trabada con argamasa de cal. Debió formar parte del sistema defensivo moderno y, seguramente, está en relación con alguna de las baterías de artillería cercanas, en una situación óptima para batir con sus fuegos toda la vega del Guadiana o, de no ser así, con la propia edificación cementerial próxima.

5. CORTES 10 Y 11.

La falda del Cerro de la Muela se halla surcada, en dirección Este-Sur, por un muro de argamasa, parcialmente cubierta por desmontes. Su arranque se halla seguramente a unos pocos metros de la Puerta del Alpendiz, aunque perfectamente pudiera estarle más próximo. Desde aquel lugar su recorrido continúa, acoplándose al pronunciado declive del terreno, hasta casi la cuneta de la carretera de circunvalación, enfilando las primeras casas del barrio de San Roque. Una vez allí monta sobre los restos de una construcción cuadrangular, de la que apenas queda un lado y la esquina formada al unirse con su contiguo oriental, gran parte del cual parece haber desaparecido.

Este muro de la perdida edificación da origen a otro más estrecho y bajo que avanza en dirección Sur y mantiene un recorrido uniforme, sólo interrumpido por lo que aparentan ser contrafuertes, para finalizar inopinadamente unos metros más adelante.

El conjunto de las edificaciones descritas atrajo nuestra atención no sólo por lo inesperado de su trazado, sino también por las características constructivas de los diferentes sectores del muro.

Efectivamente, nos era desconocida hasta el momento la presencia en aquella zona de edificación alguna que no estuviese directamente relacionada con el recinto moderno de la ciudad, cuyos últimos elementos defensivos quedan, además, muy separados de las estructuras arquitectónicas en cuestión.

Un primer acercamiento conceptual a la resolución de los pro-

blemas planteados por éstos nos hicieron pensar en una continuación del recinto de tipo Vauban, soterrado tras haber perdido su utilidad defensiva. Sin embargo, el análisis pormenorizado de los detalles constructivos bastó para desechar tales planteamientos.

El tramo de muro conservado entre la puerta almohade del recinto y el borde de la ladera es significativamente semejante, en material y tipo de construcción, al resto de la obra musulmana de la fortaleza y, por lo tanto, diferente de la moderna. Ahora bien, la construcción descrita en último lugar aparece con características propias, sustancialmente distintas de las dos enunciadas.

En términos generales podemos decir, sin miedo a incurrir en juicios apriorísticos, que tanto su estructura como su tipo de argamasa están allí más cerca de las utilizadas en muchas obras de época romana que de las de época musulmana y, por supuesto, muy lejanas de las empleadas en los muros de la fortificación exterior de la ciudad.

Hay, además, un hecho constructivo constatable: el muro descrito en primer lugar —tipológicamente semejante al resto de la obra de época musulmana— monta sobre el descrito en último lugar, lo que, sin duda alguna, supone un elemento de datación relativa.

Por estas causas, una vez finalizados o a punto de cerrarse los cortes abiertos en el yacimiento, en virtud del plan de excavaciones previsto para esta campaña, nos decidimos a iniciar dos pequeños sondeos —designados con los números 10 y 11—, en la intención de tantear las características de la construcción que pone fin al conjunto citado.

En ambos casos, los cortes se realizaron sobre el murete que partiendo de la construcción rectangular sigue un recorrido uniforme en dirección Sur y da lugar a un escalón del terreno.

El número 11 (lámina 5) se abrió directamente encima de lo que parecía ser el extremo del muro. Este aspecto quedó confirmado sin lugar a dudas. Sin embargo, resulta interesante constatar la forma curvada adoptada por aquél al final de su recorrido, muy parecida en planta a un nicho de poco fondo. La anchura del muro es casi uniforme en toda su longitud; pero la parte que origina la curva parece haber sido recortada de antiguo y no llega a alcanzar la mitad de esa anchura.

La zona del corte situada a Poniente está solada con cal.

El sondeo número 10 (lámina 4) dejó al descubierto un murete de unos 70 centímetros de anchura, edificado con piedras sueltas, paralelo al de argamasa, el cual hace esquina con otro más pequeño, perpendicular a él, en cuyo extremo parece iniciarse un tercero, del que apenas se conservan unas cuantas piedras. En el segundo de ellos se halló empotrado un fragmento de tégula romana.

El ambiente delimitado por estos dos muros perpendiculares y el comienzo del tercero puede tratarse de una habitación, hipótesis que parece confirmar la aparición allí de un piso de cal, en el que se observan esporádicamente incrustados algunos pequeños fragmentos cerámicos de aspecto medieval, lo que también ocurre en el piso del corte 11.

El espacio vacío entre el ángulo descrito y la porción de argamasa, desprendida de un segundo murete, paralelo y semejante en construcción al de posible origen romano, proporcionó bastantes fragmentos de cerámica medieval.

En términos generales puede afirmarse, una vez estudiados detenidamente los dos sondeos, que tanto el murete de argamasa como una parte de la estructura cuadrangular en la que se origina, están contruidos con un tipo de material sensiblemente igual al utilizado en muchos edificios romanos. La cronología medieval de los muros de piedra y de los pisos de cal hallados en ambos cortes es fácil de suponer.

A pesar de todo, es más prudente esperar la ampliación sistemática de los trabajos arqueológicos en aquella zona para definirse sobre el origen y la función de todas las construcciones mencionadas. Ahora bien, de confirmarse una datación romana para los muros de hormigón descritos, nos hallaríamos ante los primeros restos de esta época arqueológicamente seguros, en una zona donde, en apariencia —no en buena lógica—, parecían no existir.

3. CONCLUSION.

Como resultados provisionales más importantes de esta segunda campaña podemos apuntar, entre otros:

- La aparición de un material arqueológico de época pre o protohistórica diferenciable, aparentemente, del recogido en la primera campaña, lo que afianza, y aun amplia, las suposiciones relativas a la existencia en el cerro de una población prerromana.
- La presencia de un hallazgo de procedencia oriental, cual es el fragmento de cerámica griega del corte 6, que viene a añadir un punto de referencia suplementario a la ya nutrida lista de hallazgos semejantes obtenida en los últimos tiempos en esta zona de la Península. Es aún pronto para definirle, en la Alcazaba, un contexto arqueológico concreto; pero desde el punto de vista económico aporta, en conexión con sus semejantes, datos de interés sobre la capacidad comercial de la zona en las etapas inmediatamente anteriores a la conquista romana.
- El descubrimiento de unas estructuras arquitectónicas de probable origen romano, en un lugar cual es la ciudad de Badajoz, donde la presencia de poblamiento en esta época no trasciende, en el mejor de los casos, el campo de la mera hipótesis.
- La recuperación de un nutrido grupo de restos cerámicos fechables con bastante seguridad entre los siglos xi y xii, lo que habrá de contribuir al mejor conocimiento del repertorio de formas del momento, habida cuenta de la notable escasez de datos arqueológicamente fiables a que nos vemos sometidos.
- La identificación y estudio de las circunstancias militares que acompañaron al enterramiento de los cadáveres del corte 1, así como la recuperación de un importante grupo de piezas arqueológicas relacionadas con la historia de la ciudad en la época de los sitios.

FERNANDO VALDES FERNANDEZ

NOTAS

La segunda campaña de excavaciones arqueológicas tuvo lugar en la Alcazaba de Badajoz entre los días 4 de Septiembre y 7 de Octubre de 1978. Los trabajos pudieron llevarse a cabo gracias a la ayuda prestada por la excelentísima Diputación provincial de Badajoz y por el excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad. El primero de estos organismos colaboró no sólo con su ayuda material, sino que puso a disposición del equipo técnico las instalaciones del Colegio «Hernán Cortés», dependiente de él. Por su parte, el segundo lo hizo con una cantidad a cargo de los presupuestos destinados a combatir el paro obrero y, además, puso a nuestra disposición un pequeño grupo del personal afecto al Servicio municipal de Parques y Jardines. Por todo ello, hemos de agradecer a D. Fernando Albarrán Ambel, Presidente entonces de la Diputación provincial de Badajoz, y a D. Manuel Gutiérrez Casalá, Administrador del Colegio «Hernán Cortés», la colaboración prestada. Igualmente se ha hecho acreedor a nuestra gratitud el Alcalde de la ciudad, D. Luis Movilla Montero, no sólo por la ayuda material prestada, sino también, y muy especialmente, por el interés con que siguió los trabajos y por la larga y detenida visita que tuvo a bien hacernos cuando la excavación se hallaba ya en una avanzada fase de su desarrollo.

No podemos omitir tampoco a D. Francisco Pedraja Muñoz, ex-Concejal encargado de asuntos culturales del Ayuntamiento y ex-Diputado encargado de Cultura de la Diputación, y a D. Manuel Terrón Albarrán, Secretario de la Institución Cultural «Pedro de Valencia». Sin el interés y esfuerzo personal de ambos, las excavaciones no hubieran pasado de ser un bonito proyecto.

Vaya también nuestro reconocimiento para todos los funcionarios de las instituciones y organismos locales a cuyo cargo ha estado la resolución de los numerosos trámites administrativos, necesarios para llevar la labor a buen puerto.

No han sido ajenas al éxito de los trabajos las inestimables facilidades dadas por el Director del Museo Arqueológico provincial, D. José María Álvarez Martínez, para la utilización de las todavía breves instalaciones museísticas a su cargo, hecho que hace destacar aún más, si cabe, su amabilidad y amistad. Y con él hacemos extensiva nuestra deuda al Delegado del Ministerio de Cultura, D. Federico Suárez Caballero, por el interés con que nos favoreció.

La lista de todos los amigos pacenses que, de una u otra forma, han colaborado en la consecución de nuestros deseos, que también eran los suyos, sería interminable. El cariño con que siempre nos acogen es, al menos, tan grande como la ayuda que nos prestan. A título de representación quiero citar solamente a doña

María Dolores Gómez-Tejedor Cánovas, a D. Jesús Cánovas Pessini, a D. José Sanabria Vega y a D. Arcadio Guerra. Siéntanse todos recordados en ellos.

Por último, no puedo olvidar el entusiasmo de todos mis compañeros y directos coladoradores de Badajoz y Madrid. A su dedicación, interés y esfuerzo se debe una gran parte del éxito científico alcanzado. Citaré, en nombre de todos ellos, a D. José Angel Calero Carretero -infatigable, donde los haya, en su amor a la arqueología extremeña-, y a mis amigos D. José Latova Fernández-Luna y don Antonio Esteben Parente, fotógrafo y topógrafo, respectivamente, a quienes se deben la documentación fotográfica de la campaña y los cálculos taquimétricos de la misma.

Y, finalmente, no quiero dejar de agradecer a todos los laboriosos trabajadores participantes en las tareas de excavación el ardor con que lo han hecho. Representándolos a todos mencionaré a nuestro competente capataz D. Miguel Maya Ramos; de su fidelidad y confianza nos sentimos muy especialmente deudores.

(1) Ya anteriormente tuvimos ocasión de precisar cuáles son éstos y de qué forma dificultan los trabajos de excavaciones (Cf. VALDES FERNANDEZ, FERNANDEZ: «Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz (primera campaña, Julio 1977)». REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS, XXXIV (1978), págs. 404-405.

(2) *Idem*, págs. 8-9, láms. 1 y 2.

(3) La mayoría de estas chapas es de forma ovalada. Cada una de ellas está enmarcada en una orla de puntos y lleva en su centro un león rampante de dos colas, coronado y con una espada entre las garras, puesto de pie sobre algo que parecen ser unas alas de murciélago. El cuerpo del león esta cruzado por unas fajas, rayadas verticalmente; se trata, seguramente, de indicaciones heráldicas de color rojo. Una sola de las chapas era romboidal, con los vértices achatados. En el centro se representa el águila imperial francesa con un nueve inscrito en el centro.

(4) Las chapas ovaladas pertenecieron, sin duda, a soldados de infantería del Regimiento de Voluntarios de Valencia, uno de los que participó en la lucha contra los invasores franceses. La heráldica de su distintivo y, muy especialmente, la presencia de un botón de uniforme donde figura el nombre de la unidad lo confirman. La otra chapa es igualmente identificable como perteneciente a un soldado polaco del IX Regimiento de Infantería de Línea. Esta unidad del Ejército francés formaba parte, junto con los Regimientos VIII y IX, del contingente de tropas aportado por el Gran Ducado de Varsovia al Ejército napoleónico. Ambas unidades, española y francesa, lucharon en la Guerra de la Independencia, pero hasta este momento desconocíamos su participación en el primer sitio de Badajoz. (Cf. TRANIE, J. et CARMIGNIANI, J.-C.: *Napoleón et la Campagne d'Espagne*, 1978, pág. 132, núm. 10 y pág. 66, núm. 21.)

(5) GONZALEZ ALVARO, P., y CANTO GARCIA, A.: «Hallazgos numismáticos en la Alcazaba de Badajoz». REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS, XXXIV (1978), pág. 526. lám. 1.

(6) VALDES FERNANDEZ, F.: Ob. cit., pág. 8. lám. 2.

(7) *Idem*, pág. 12, lám. 4.

(8) La cimentación de la barbacana, visible en el fondo del corte, tiene idéntico aspecto que en el corte 5. Debe hacerse notar, sin embargo, que por su zona interior se observó un agujero, en el fondo del cual había bastantes cantos rodados integrados en la argamasa. Es muy difícil hacer conjeturas respecto a la función y extensión de este material. Todo lleva a pensar en una capa homogénea de piedras de río, colocada en aquel lugar como forma de consolidar los apoyos de la obra defensiva.

(9) Tiene este muro un grosor máximo de 0,40 m., su base se encuentra a 1,90 metros del suelo actual y su punto más alto se halla a 1,23 m. de la superficie del mismo.